

Rogelio Mora

FEDERICO ABAD

1

¿Pecar de explícito? No es ésta la única duda que me asalta y, sin embargo, me resisto a comenzar el relato de los hechos sin anticipar lo que pronto se mostrará en toda su evidencia: que la aparición de Rogelio Mora en mi vida significó, por aquel entonces, un verdadero acontecimiento.

En medio de la afanosa tarea a la que me había visto empujado por una inquietud cultural sin duda errónea —la de llegar a quienes estimaba como próceres miembros de los círculos intelectuales de la ciudad—, el hallazgo en aquel joven de poco más de veinte años de una persona exquisitamente educada, juiciosa y comedida en sus palabras supuso una agradable sorpresa en mi proyecto por abrirme a nuevos horizontes sociales, sorpresa mayor aún si se tiene en cuenta que nuestra amistad vino por un camino claramente distinto al que en aquel momento marcaba mis pretensiones. Rogelio Mora fue, en principio, sólo un asiduo cliente de nuestra entonces recién estrenada empresa.

Rogelio nos conoció a través de la primera campaña de ventas que lanzamos a la universidad. Próximo a finalizar sus estudios de ingeniería técnica, había visto nacer en él durante los meses

más recientes un enorme interés por la programación de máquinas computadoras. Esto le llevó a desviar la atención que requerían las últimas asignaturas de la carrera, las cuales, en su mayoría, no llegó a aprobar.

Dicho particular sólo pasó a ser de mi conocimiento tras algún tiempo durante el cual nuestro trato se había limitado a lo superfluo, aunque ni siquiera entonces faltó por mi parte cierto aprecio hacia quien, más que a un vendedor, vio en mí a un profesional volcado en los cometidos que tanto le apasionaban. A decir verdad, no imaginaba yo a aquel recto estudiante abandonando sus asignaturas para entregarse a una práctica que acabara por alejarlo de su próspero porvenir, y en mi fuero interno no se lo habría perdonado si no hubiera sido por la fe que asimismo tenía yo puesta en la disciplina que provocaba su distracción.

Estos y otros detalles de su vida me los presentó Rogelio Mora en la charla que mantuvimos durante el *lunch* que el comité organizador de las Primeras Jornadas de Informática de nuestra capital había ofrecido a los asistentes a su presentación, entre los que ambos, él como alumno y yo en calidad de expositor, nos encontrábamos. Previamente, aquella misma tarde habíamos acordado vernos para acudir juntos al acto, dado que ninguno de los dos contábamos con demasiados conocidos entre los asistentes. Así pues, poco antes de las nueve abandonamos el recinto de los colegios mayores, donde se desarrollaban las jornadas, para bajar en mi motocicleta hasta el palacio de Viana, en cuyo

patio de los arcos habría de tener lugar la presentación del evento a cargo de unas cuantas autoridades de nuestra universidad, presentación que, si breve, resultó igualmente deslucida.

La cena fría fue, por contra, excelente, y ello sin desmerecer en nada la sangría con la que rellenábamos nuestros vasos tan pronto empezaban a vaciarse.

Tras saborear los *petite suisse* de nata y de crema, y previamente al brindis con que habría de cerrarse la velada, los allí presentes fuimos invitados a recorrer uno por uno los dieciséis patios restantes de aquella noble mansión, amable gesto que cabe suponer iba dirigido a los asistentes foráneos de las jornadas. Para quienes acabamos reunidos en torno a la misma mesa, el paseo supuso una invitación a prolongar lo que ya era una tertulia surgida del elogio unánime a los platos que habíamos probado.

Con Rogelio, la conversación se extendió a nuestros gustos personales respecto a la cuestión culinaria. Era curioso, no había tenido ocasión de conocer hasta entonces a nadie que compartiese de tal manera mis opiniones sobre dicho tema. Esta concordancia se perdió, sin embargo, cuando hice mención a lo que siempre consideré como el más sublime de los alimentos preparados por el género humano, el chocolate. Mi interlocutor disentía radicalmente en este punto, y lo que para mí era un sabor rebosante de interés, más atrevido que lo meramente dulce, una experiencia capaz de sugerir todo un paisaje de placeres, para Rogelio no pasaba de ser una golosina frívolamente empalagosa,

en exceso grasa, que se fijaba a los dientes y a las encías con insólita terquedad.

Entre estos y otros argumentos fue discurriendo el tiempo en aquella hermosa noche de septiembre. El acto tocaba a su fin, y gran parte de los asistentes comenzaban a retirarse, de modo que Rogelio y yo hicimos otro tanto, no sin habernos acercado antes al grupo de los organizadores para felicitarles por su buena labor en la preparación de aquella velada. A la salida, llevé a Rogelio en motocicleta hasta la puerta de su casa, un antiguo chalé en la zona residencial del Brillante, donde nos despedimos hasta el día siguiente.

La involuntaria y natural meditación que continúa a todo suceso no rutinario de nuestra vida me hizo ver, durante el camino de regreso a casa, el doble valor que ante mis ojos tenía Rogelio. Uno de ellos era la capacidad de proporcionarme un estado de tranquilidad a través del diálogo. Siempre he apreciado a los seres que me transmiten esta sensación, de igual manera que puedo detectar con gran rapidez la inquietud que me provocan aquellas personas cuyo desequilibrio se extiende a cuanto hay a su alrededor. Esto hace que en los últimos tiempos, en los que mi ritmo de trabajo me produce un cierto estrés, huya sin contemplaciones de los segundos y busque la compañía de los primeros. Lo hago por un mero principio de supervivencia.

El otro valor de este probablemente nuevo amigo tenía unos matices más bien abstractos, pero podría resumirlos diciendo

que Rogelio sumaba a las virtudes que yo reconocía en mí mismo otras que estimaba por carecer de ellas precisamente. En todo esto, no dejaba de admirarme por la enorme coincidencia de criterios que dominaba nuestro trato. A primera vista, tan sólo el aprecio por el chocolate nos separaba. Tan insignificante diferencia de gusto no habría pasado de ser algo trivial de no haberse producido el curioso hecho que vino a acontecer al día siguiente.

Había terminado de almorzar, y animado en parte por el recuerdo de la conversación de la noche anterior, eché mano a una tableta de chocolate con leche, aún sin abrir. La primera onza que puse en mi boca, lejos de producirme el consabido deleite, me resultó particularmente empalagosa. La segunda se me hizo insoportable. Animé a los otros miembros de mi familia a probar aquella tableta pues, pese a ser de mi marca preferida, tuve la sospecha de que pudiera haber perdido sus cualidades. Mas no parecía ser así, y todos estuvieron de acuerdo en que aquel chocolate seguía siendo igual de delicioso que siempre.

No es que el episodio pudiera quitarme el sueño; pero tan poco convencido andaba sobre mi súbito desprecio hacia el chocolate que tanto me gustaba que, a media tarde, dejé un instante el trabajo para acercarme al supermercado más próximo sólo para comprar una cajita de bombones con la que olvidar el disgusto anterior. El esfuerzo fue vano; los bombones no sólo no me gustaron, sino que se me hicieron aborrecibles, dado lo cual

opté por regalarle toda la caja a mi secretaria, ante la perplejidad de ésta, y acto seguido me bebí un par de vasos de agua para tratar de quitarme el mal sabor de boca que me habían dejado los dichos bombones. De este modo tan estúpido se puso fin a mi debilidad por el cacao.

2

Aunque el descubrimiento de su persona sí lo fuera, el hecho de que en los siguientes días se afianzase mi amistad con Rogelio no puede decirse que hubiera de constituir una sorpresa, y su compañía proporcionaba a mi ánimo satisfacciones mucho mayores que las obtenidas en el trato con los que frecuentaban los eventos culturales de esta capital de provincias. Entre éstos no faltaban personas de un considerable relieve tanto espiritual como erudito, pero casi siempre se perdían en el colectivo de perfectos patanes que sólo buscan dejarse ver en todos los actos dedicados a las artes y las letras, sencillas ceremonias que gustan de convocar los políticos de turno cuando advierten la necesidad de engrosar, en la mayor medida de lo posible, el curriculum de actividades de su departamento ante la inminente proximidad de elecciones.

Rogelio, sus cualidades, esa cierta riqueza interior suya, venían a demostrarme que, en cuanto al tema de la naturaleza humana,

no siempre encontrarás a quien buscas en donde se supone que debe de estar. Sus juicios de valor se convirtieron pronto en los más válidos que llegaban a mis oídos, y en las siguientes semanas me encontré leyendo los libros, escuchando los discos y asistiendo a los estrenos que el joven me sugería, respaldado por la certeza de que todo ello me iba a resultar necesariamente grato.

Nos veíamos a menudo. Durante los días en que se celebró el festival de jazz de otoño, acudimos juntos a memorables sesiones donde tuvimos la ocasión de escuchar, entre otros, a Tete Montoliu, Paquito D’Rivera o Milt Jackson. Esto no significa que quedásemos todas las tardes; Rogelio tenía el compromiso de salir con su novia, en tanto yo me repartía entre las citas con los amigos de siempre y la asistencia a las proyecciones de la filmoteca y a las tertulias literarias. Pero las horas que pasaba yo en el taller montando máquinas, cuando no tenía por aquel entonces ningún ayudante, me las aliviaba a menudo Rogelio con su compañía. Y con su colaboración, por qué no decirlo. Una colaboración que, sin buscarlo él, resultaba más didáctica que de otra índole. Digo esto porque pronto me vi manejando el téster y soldando componentes de un modo mucho más eficaz que el que hasta entonces había venido empleando. Rogelio lo hacía todo más fácil. No es que supiera más que yo —y no es que me importe reconocerlo—, sino que sus conocimientos los aplicaba realmente bien.

A lo largo de las charlas que solíamos mantener a mediodía, cuando, terminado el trabajo, nos bajábamos al bar de la esquina a tomar una cerveza, me fue dando a conocer algunos detalles de cómo era su vida. De esta forma pude saber que sus padres estaban separados, que él vivía con su padre, y que sólo tenía un hermano, más pequeño, que vivía en Sevilla con su madre. Respecto a ésta, a la que sólo veía algunos fines de semana y en vacaciones, me confesó algo que me llamó la atención. Me dijo que pertenecía a los testigos de Jehová, al igual que su hermano, a quien —afirmó en un tono que me atrevería a calificar de prejuicioso— le tenía "comido el coco".

No es esto, sin embargo, lo que yo quería referir como un dato significativo, sino más bien la opinión que su madre le merecía, y que me fue expuesta a continuación. "Es como una san-tona —aseguraba—. Quizá sea su forma de ser lo que le ha llevado a esa religión, aunque también puede ser la consecuencia de tanto apostolado. El caso es que tiene una capacidad para atraerte, para absorberte con sus ideas, que es la leche". "Y sin embargo —aduje—, no parece que tú te hayas dejado influir mucho, ¿no crees?". "Porque ya estoy vacunado contra eso —me contestó—, pero mi hermano, ese sí que habla igual que ella. Además, es curioso: fíjate que sólo tiene once años. Bueno, pues ya se le va notando la misma habilidad para convencerte. Al final, el dichoso niño acaba llevándote siempre a su terreno sin que te des ni cuenta."

Rogelio me contaba esto moviendo a la vez ambas manos en un gesto rotundo. Era fácil de advertir lo que eso significaba para él, e imaginé qué extrañas preocupaciones pueden actuar sobre los hijos tras varios años de separación de sus padres. Más tarde, reflexionando sobre el asunto, caí en la cuenta de que su inestable posición ante los estudios podía tener algo que ver en todo ello. Rogelio demostraba, con su extremo interés por la informática, la proximidad con su padre, quien, como ya me comentó, había sido pionero dentro de la ciudad en la mecanización de su empresa.

Continuando con su vida privada, de vez en cuando hacía alguna referencia sobre Piluca, su novia. Otras veces me hablaba de sus compañeros —ya conocía yo a alguno de ellos—, o bien de los amigos con los que jugaba al baloncesto. Por cierto, fue Rogelio quien me hizo cambiar mis costumbres en el calzado con su afición por este deporte. Llevaba siempre puestas unas zapatillas de lona de las que usaba para correr por la pista. También yo había tenido su edad, pero el paso de apenas unos años me había vuelto más conservador en el calzado, tanto como en el vestir en general. No obstante, fue al poco de conocer a Rogelio cuando empecé a sentir una cierta incomodidad con los zapatos que solía usar. Paulatinamente, se me fue haciendo menos soportable el que demasiado a menudo aquellos zapatos de piel me produjeran dolor e incluso rozaduras, hasta que un día, ni corto ni perezoso, entré en una zapatería y salí calzando unas

flamantes zapatillas de deporte, para gloria y descanso de mis castigados pasos.

Fue un lunes cuando, al referirse a sus amistades, Rogelio sacó a colación que el fin de semana anterior había estado haciendo fotos. Fotos de desnudos. "¡Caramba! —exclamé con sorpresa— ¿y se puede saber cómo es eso?". "Bueno, verás... —prosiguió— se trata de una compañera nuestra. La tía está colada por Joaquín... dicho por ella misma, vamos. Como el viernes que viene es el cumpleaños de Joaquín y tenemos una fiesta, a ella se le ha ocurrido que sería una buena ocasión para regalarle las fotos". "¿Y está bien?", dije sin poderme contener. "¡Oh, sí! Ya lo creo", me respondió. Por un instante me puse en el lugar de Joaquín, y puedo confesar que sentí cierto vértigo al pensar que una hermosa mujer pudiera ofrecerse a mí de aquel modo tan directo y al mismo tiempo tan elegante, pues al parecer las fotos lo eran. Una mujer servida en bandeja por mi mejor amigo. No estaba mal. Nada mal.

3

Por aquellos días, otra mujer había aparecido en mi vida, aunque quizá sería mejor decir que fue en mis sueños donde apareció. El tema no pasa de tener la menor importancia. De hecho, estoy advirtiéndolo que mi maldita elocuencia va a acabar por convertirse en un auténtico fastidio.

Para qué darle más vueltas: al fin y al cabo sólo se trataba de una chica con la que me había cruzado en varias ocasiones a lo largo de los últimos meses. Un día me la encontré en la planta baja de Galerías, otra vez fue por el bulevar, en varias ocasiones por Cruz Conde o por las Tendillas, pero siempre me dejaba igual de fascinado. Era realmente preciosa. Alta, delgada, con un suave pelo castaño formando melena, abrazando entre semana la carpeta de clase sobre el pecho. Desde el principio pensé cómo podría abordarla con algún pretexto medianamente convincente, pero no se me ocurrió ninguno. Es mi carácter, no me da para entrarle a una mujer así como así.

Hace ya casi un año que dejamos nuestra antigua oficina para abrir un nuevo establecimiento, mucho más amplio y mejor situado que el anterior. No siento añoranza por aquel lugar donde

he visto nacer mi empresa. Su emplazamiento en el mismo centro de la ciudad, lejos de favorecernos, suponía un serio trastorno cada vez que a alguno de nosotros, o de nuestros clientes, se le hacía preciso llegar hasta allí en automóvil.

La calle donde nos ubicábamos era —como yo decía entonces— más un zoco que una calle propiamente dicha. El que se tratase de una vía estrecha y, sin embargo, de fundamental acceso al centro desde el oeste, unido a la enorme cantidad de tiendas y oficinas que se concentraban en ella —donde no faltaban incluso unos grandes almacenes— daba lugar al hervidero humano que lo poblaba durante todo el horario de comercio. Una multitud compuesta de niños que entraban o salían de las escuelas, academias y colegios más próximos; de habitantes de los pueblos que se acercaban a comprar en los grandes almacenes; de turistas que iban y venían desde la zona monumental; de chicos de los recados; de todo tipo de individuos, ya fuera en navidad, reyes, semana santa o rebajas. En cualquier fecha, siempre, siempre. Costaba trabajo rebullirse a mediodía entre los viandantes. Era una calle de difícil tránsito, incómoda para nosotros pero brillante en su bullicio cuando la observabas tras los cristales de las ventanas de nuestra oficina.

En los escasos ratos en que el trabajo no me desbordaba, o cuando frente al cansancio se imponía una pausa, recorría las cortinas para abandonarme al placer de contemplar. Observaba con detalle los movimientos de cada transeúnte, consciente de

que en una vía pública de tan escasa anchura y con tantos escaparates nadie, prácticamente nadie, miraría hacia arriba, acaso sólo quienes a mediodía reservaban un rato de ocio para tomarse la cerveza a la puerta del exiguo bar Correo.

Este venía a caer más o menos debajo de nuestra oficina. En la acera opuesta, justo frente a mi ventanal, se encontraba el único y amplio escaparate de una tienda de lencería femenina. Qué clase de fascinación puede causar en las mujeres un escaparate de lencería es algo que nadie sabría imaginar. Es como un señuelo, una trampa mortal donde todo el género femenino sucumbe inexorablemente. Allí se detenían preciosas niñas de doce años que soñaban con su primer sujetador, pandillas de chicas, novias con sus novios algo menos interesados, esposas con sus maridos y chiquillos nada interesados por el asunto, ancianas con sus hijas, a las que todavía las prendas interiores les llamaban la atención. Y todas, todas olvidaban cuanto sucediera a su alrededor, embobadas bajo aquel marco de luz blanca.

Una tarde, estaba ya anocheciendo, me encontraba enfrascado en la instalación de un programa cuando, distraído, me quedé observando hacia el ventanal. Sus cristales, que llegaban hasta el suelo, permitían dominar con la vista toda la acera contraria y casi la mitad de la calzada. Las luces de los escaparates, cuando aún no se habían encendido las farolas, proporcionaban a la calle un brillo espectral. En aquel fulgor del neón navegaba

la gente como en un mar en calma. Iban despacio, paseando, deteniéndose acá y allá. Era una estampa apaciguada.

Hubo un instante en que fijé mi atención sobre un par de muchachas que se aproximaron a la luna del escaparate de ropa interior. Señalaban algunas prendas, haciendo gestos con las manos y entremezclando risas en sus comentarios. Una de ellas era morena, de menor estatura que la que supuse habría de ser su amiga. Esta última despertó mi curiosidad: tenía la sensación de haberla visto antes. Cuando el claxon de un coche que quería despejar su camino la hizo volverse, mi sospecha se tornó en evidencia. Aquella era la chica que había venido encontrándome últimamente, la que tanto me gustaba.

Al ver que continuaban caminando en dirección a la plaza de las Tendillas, cogí la americana y, sin pensarlo dos veces, salí disparado por la puerta con un "ahora vuelvo", al tiempo que mis compañeros me miraban con cara de quien ha visto pasar a un marciano.

No me fue difícil volverlas a encontrar. Las seguí, cuidando de mantenerme a cierta distancia. Estaba nervioso; mi conducta me parecía más propia de un sátiro que de una persona con la cabeza en su sitio. Pero también era cierto que me guiaba la firme decisión de saber algo sobre aquella mujer, y si lograba averiguar donde vivía, mejor que mejor. Esto me daría la oportunidad de preparar un encuentro casual.

Entraron en el pasaje de Galerías. Al ver que se sentaban en la cafetería Nebraska, me deslicé al interior del bar de al lado, desde donde podría observarlas a través de los cristales sin riesgo de llamar su atención. Conversaban animadamente ante un par de Coca-Colas. Entre tanto, yo había pedido una infusión de menta y hacía por disimular pasando las hojas del periódico. Estuvieron allí como unos tres cuartos de hora, al cabo de los cuales marcharon juntas hasta la parada del autobús, donde permanecieron un rato más. No paraban de charlar, y esto las hacía mantenerse muy distraídas. Yo me había apostado en la parada de la otra línea, mirando el reloj de cuando en cuando, como si tuviese prisa.

Finalmente llegó el número cuatro. La morena se despidió de su amiga y subió con el bonobús en la mano. Mi objeto del deseo permaneció allí, sola, en el instante de arrancar el vehículo. Luego comenzó a caminar sin prisa en dirección a la Victoria. No penséis ni por un momento que se me iba a ocurrir dirigirme a ella; no hubiera sido capaz. Tan sólo la seguí hasta verla doblar por el pasaje del edificio Tejares. Aceleré el paso y entré en él. Todavía pude ver cómo metía la llave y desaparecía en el interior del portal. Humedecí mis labios saboreando el triunfo. Ahora que sabía su domicilio, el siguiente paso consistía en buscar alguna excusa para dirigirle la palabra, pero aquello era ya sólo una mera cuestión de tiempo.

4

El asunto que acabo de relatar no habría tenido, ahora que lo pienso, mayor trascendencia si los acontecimientos que se sucedieron no hubiesen transcurrido de forma tan particular. El destino, lo tengo comprobado, sólo busca asombrarnos con su proceder. Aguarda agazapado a la vuelta de la esquina, detrás de una hora, de un minuto caprichoso en el que manifiesta con sus bromas todo su esplendor. A mí también me esperaba, dispuesto a deslumbrarme con una jugada maestra.

Pasaban los días, y mi amistad con Rogelio Mora se había vuelto más estrecha en cuanto parecía consolidarse nuestro común aprecio. Su carácter encerraba una cordialidad que yo sentía como un bien valioso, y ello me conducía en todo momento a manifestarme hacia él con una actitud fraternal. Aun siendo de menor edad, para mí se había convertido en una especie de hermano mayor, un hermano que no paraba de contagiarme con aquellos matices que en principio no nos eran comunes. En un espacio de tiempo no demasiado largo, mis gustos sobre diferentes aspectos se vieron modificados en algún sentido. Tomaba alimentos que apenas unos meses antes ni siquiera habría probado; vestía de una manera más juvenil, o al menos más cómoda,

y nuevas facetas del arte cobraban en escasos días un interés especial. Se iba obrando lo que podríamos definir como una influencia benéfica. Y algo inquietante, ahora que lo pienso. Porque hubo incluso un momento en que llegó a parecerme que mi cabello, siempre tan indómito, crecía siguiendo el rizo característico de la cabellera de mi joven amigo. Ahora, cuando lo veo a través de la distancia, no dejo de pensar que, o bien me estaba precipitando hacia una feliz paranoia, o realmente había un algo indefinible y misterioso detrás de aquel individuo.

En fin, así es como transcurría mi existencia. Acaso fuera por el modo en que mi trabajo se desarrollaba día tras día, alimentando el entusiasmo que finalmente empezaba a sentir al enfrascarme como un alquimista entre máquinas cada vez más sorprendentes. Tal vez una hermosa sensación de satisfecha independencia, un nuevo orden en mi ánimo, algo de lo que Rogelio era muestra en lo tocante al hallazgo de nuevas amistades. Habría diversas razones, lo tengo por seguro, pero ese estado de equilibrio llevaba camino de ser prolongado.

No pudo serlo. O, al menos, alteró su rumbo. Sucedió un viernes a mediodía. Desde dos semanas antes llovía intensamente. El otoño había entrado con algún retraso, pero se dejó sentir en unas primeras tormentas feroces. Yo había regresado días atrás de Madrid, a donde había acudido para visitar la última feria informática del año. Al descender del tren me encontré con una ciudad medio inundada por el temporal. Todos anda-

ban desconcertados, no se hablaba de otra cosa. El aire era húmedo hasta la saturación. Aún siguió lloviendo con fuerza durante cinco o seis días más. No hacía frío, pero los parques, las calles, los edificios, todo estaba mojado y triste. Por eso, cuando aquella mañana del viernes levanté la persiana y un sol radiante se coló en el dormitorio, sentí que algo se despejaba también en mi interior. Los gorriones saltaban revueltos por las aceras, huyendo ante mis pasos, y el aire olía a limpio. La luz del sol hería mis ojos, pero tanta claridad sólo podía ser recibida con buen ánimo.

Sobre las diez había quedado con el director de la biblioteca municipal para examinar un equipo del que se precisaba extraer su información. Al final, optamos por trasladarlo a nuestras dependencias; y en el primer examen de aquella antigualla andaba yo cuando, pasada la una y media, se escucharon voces en el vestíbulo. Acto seguido entró en el taller mi amigo Rogelio, a quien no había visto desde mi regreso de la capital. Esta vez no venía solo. Mientras me saludaba con un fuerte apretón de manos, una chica asomaba por la puerta.

—Mira. Te voy a presentar a Piluca.

Recuerdo que llevaba en las manos varios disquetes de ocho pulgadas. Se me cayeron al suelo, y al ir a recogerlos me di con el filo de la mesa justo en la mitad del cráneo.

—Joder, no sé que me pasa hoy —murmuraba mientras escuchaba las risas apagadas de Rogelio y de su novia. Pero es que

Piluca, maldita coincidencia, no era otra que aquella jovencita a la que poco tiempo atrás había seguido hasta su domicilio. Sé de sobra que todo esto resulta un tanto cómico, pero ya dije antes que las cosas se vuelven a veces demasiado retorcidas. La mujer de mis sueños volvía a aparecer, aunque esta vez no pasaba por la calle; estaba junto a mí, en mi propio trabajo y, para mayor mortificación, traída por su novio, el entrañable amigo Rogelio.

—Hola, ¿qué tal? Me alegro mucho de conocerte —dijo mientras nos dábamos un beso de cortesía. Pérfido de mí, no pude escapar a la turbación de sentir el suave tacto de sus mejillas.

Rogelio me mostró su interés por saber del viaje y de las últimas novedades aparecidas en la feria. Unos minutos después, entre sorbo y sorbo de cerveza, conversábamos a la puerta del Correo sobre el incremento en las resoluciones de los monitores, las espectaculares velocidades alcanzadas por las unidades de proceso o la perfección de las nuevas impresoras de color. Mas, apiadado de Piluca, y ante la inminencia de sus primeros bostezos, opté por ir desviando el tema para interesarme por ella, por sus estudios y por su vida en general.

A la vez que me hablaba de sus asignaturas en Agrónomos, de su hermano, de la vejez de su padre y de las exigencias para el enceste con lanzamiento en bandeja, yo me entretenía en observar en el fondo de sus ojos color miel. Su voz tenía también un tono melifluido, y a veces terminaba las frases cerrando los ojos casi imperceptiblemente. Decir que despertaba mi admiración es

poco. No dejaba de olvidar la rectitud que mi comportamiento debía ofrecer, dada la confianza que a Rogelio y a mí nos unía. Pero qué difícil resultaba negarse a seguir la línea de sus labios cuando una sonrisa aparecía en ellos.

Había sonado el acorde de guitarra de las dos y media en el reloj de las Tendillas. Nos disponíamos a marcharnos. No me apetecían en absoluto las complicaciones pero, la verdad sea dicha, sentía un cierto temor ante la posibilidad de no volver a ver en mucho tiempo a aquel ángel de mis sueños. Ya nos estábamos despidiendo cuando fue Piluca la que dijo

—Oye, Rogelio. ¿Por qué no invitas a tu amigo a la fiesta de mi prima?

("¿Una fiesta?", pensé. "Oh, eso no puede ser. Es demasiado bueno.")

—Es tu prima. Si fuera la mía ya lo habría hecho ("Embustero", dije para mis adentros. "Si no lo has hecho hasta ahora..."). Pero yo no soy quién para andar invitando a mis amigos a la casa de otros.

—Ah, pues yo sí. Así que, si no tienes nada mejor que hacer... —dijo volviéndose hacia mí— podrías venirte esta noche a la fiesta. Me da la impresión de que lo vamos a pasar muy bien.

—Escucha: no me gustaría que tu prima tomase esto como un exceso de confianza...

—No seas tonto —me reprochó dulcemente—, ella estará encantadísima. Además, cuando te la presente, lo mismo hasta te gusta.

—Seguro que no —rectifiqué de inmediato.

—No estarás casado...

—Oh, no —me reí—. ¿Lo habías pensado?

—Si te digo la verdad... —y se detuvo un instante en el que me mantuvo en vilo— creo que no. ¿Novia, tal vez?

—Tampoco.

—Entonces, no veo razón para que no te fijes en mi prima. Es muy guapa.

—No te digo lo contrario —no sabía ya qué decir. Pero ella seguía insistiendo. Sus ojos chispeaban. Estaba hermosamente risueña.

—¿Tú ves? Si al final, seguro que sí, ¿eh? —me guiñaba un ojo con inusitada maldad.

—No, ¿eh? —le respondí con sarcasmo.

—Bueno —se dio por vencida—. ¿Pero vendrás, no?

—Sí, sí. Por supuesto. No voy a rechazar tu invitación, claro está.

—Hombre, se agradece.

—...Siempre que me digáis el lugar y la hora.

—No te preocupes —intervino Rogelio—. Está por la Castilleja, pero mejor te llamo conforme sepa la hora y quedo contigo para recogerte.

5

La prima de Piluca no me desagradaba. Y yo, a ella, creo que tampoco, aunque sospecho que no debió tardar demasiado rato en percatarse de no ser precisamente su persona la que me interesaba de verdad. En el espacioso salón de aquella vivienda, un chالé levantado sobre uno de los montes desde los que mejor se domina la ciudad, los sillones, las sillas y las mesas habían sido convenientemente arrinconados para dejar suficiente espacio donde poder bailar.

La noche estaba siendo tan apacible como lo había sido el día. Por el amplio ventanal que se abría en la fachada podía contemplarse un firmamento cuajado de estrellas. Sólo la suave luz procedente de un par de lámparas de pie iluminaba la estancia. Recuerdo que en el equipo *hi-fi* sonaba la música de Sade Adú. Piluca, algo extraviada entre las sombras, se movía tranquilamente al ritmo de las canciones, bebiendo de cuando en cuando un poco de su Aadvocat con limón. Rogelio andaba enfrascado en una animada conversación con Joaquín ante la puerta de la cocina. Yo también bailaba a ratos, aunque no desperdiciaba la oportunidad de charlar con los demás invitados, muchos de los cuales me habían sido presentados durante la velada. Y mientras

me hablaban, encendía un cigarrillo o daba unos sorbos al vaso para, distraídamente, observar las evoluciones de la prima de nuestra anfitriona. Siempre igual de atractiva, igual de encantadora.

Después de bailar *Haunt Me* con Rogelio, quien sólo por algunos minutos había abandonado su tertulia, Piluca se vino hacia el grupo en el que yo me encontraba. Esto nos dio la ocasión, mientras seguíamos el baile, de intercambiar entre ambos algunos comentarios ocurrentes sobre las peculiaridades del personal. Luego nos retiramos al sofá, donde el diálogo derivó por derroteros más trascendentales.

Nada especial estaba sucediendo y, sin embargo, aquella noche empecé a tener la corazonada de no serle totalmente indiferente a Piluca. Los hombres, esta es mi opinión, adolecemos de cierta ineptitud a la hora de percibir el posible agrado que podamos despertar en una mujer. Mi torpeza en este sentido es infinita, y siempre me queda la sospecha de si habré sido o no correcto en el trato, si mis palabras fueron convenientes en todo momento. Saboreando un vermut frente a aquellos ojos donde la claridad de la luna venía a reflejarse cada vez que miraban hacia el extremo del ventanal, me pareció ver que éstos se detenían a veces en los míos con una expresión sugerente. Su forma de mirarme conseguía turbarme de veras, y eso que hacía ímprobos esfuerzos por disimularlo.

En mayor medida aún que horas antes, volví a sentir el temor de perder de nuevo a aquel ser adorable cuando, avanzada la noche, me despedía de ella y de Rogelio frente al portal de mi casa, hasta donde me habían traído en el AX del padre de éste. "Bueno, espero que nos volvamos a ver", dije antes de cerrar la puerta del coche. Metí la llave en la cerradura del portal. Oí el motor del vehículo acelerar mientras se alejaba. Un nudo insoportable oprimía mi garganta.

6

Por suerte, lo que tanto temía no llegó a ocurrir, y Rogelio y yo continuamos frecuentando nuestra amistad tal como lo habíamos venido haciendo hasta entonces. Cada día que pasaba nos entendíamos mejor incluso que el anterior. Sus gustos, sus costumbres se me contagiaban con mayor facilidad, de modo que no puedo decir hasta qué punto mi personalidad y la suya no empezaban a ser la misma. Todo esto sucedía lentamente y sin que yo pusiera la menor preocupación en ello; bastante tenía ya con las frecuentes apariciones de Piluca. Rogelio, por su propia voluntad unas veces y otras por que yo lo llamaba, seguía viniendo a nuestra oficina, favoreciendo así un intercambio constante de información sobre computadoras. En diversas ocasiones quedábamos para asistir a algún concierto o a alguna función de

teatro, y con una asiduidad cada vez mayor venía acompañado de su novia, lo que no podía menos que provocar mi natural satisfacción.

Tras el paréntesis de las vacaciones de Navidad, durante las cuales Rogelio había estado con su padre de viaje por Asturias y Galicia, seguíamos viéndonos más regularmente si cabe. Algún que otro domingo, la encantadora pareja venía a visitarme a casa para merendar, ver la televisión y echar alguna partida al Trivial. Otras veces, a última hora de la mañana, en el trabajo, mi tarea se veía gratamente interrumpida por una voz entrañable que me llamaba desde la calle. Volví los ojos para encontrarme allí abajo con la figura de Piluca agitando sus delgadas manos. "¿Te bajas?", me preguntaba, y yo lo dejaba todo por donde estuviera para acompañarla a tomar algo en el Correo o en Siena, allá donde hubiese quedado con Rogelio.

Piluca: qué nombre tan cursi para una pasión que ya no cesaba de crecer y crecer. Lo que me hacía sentir amenazaba con sumirme en el delirio. Todo aquel vértigo fatal, que estaba dando origen a una situación difícil de mantener, ensanchaba sin embargo mi corazón y me hacía cada vez más feliz. Por eso, cuando un viernes por la tarde me llamó ella misma por teléfono para vernos ("...es que Rogelio se ha tenido que marchar este fin de semana a Sevilla, y la verdad, no me apetece quedarme en casa. Tampoco sé si estarás muy ocupado..."), mi estado de excitación alcanzó un grado difícilmente tolerable.

—Espero que Rogelio no se moleste conmigo —fue lo primero que comenté cuando me recogió a las ocho y cuarto.

—¿Por qué lo dices?

—No sé... por salir solos. Quiero decir, sin él.

—Qué tontería. Si él no es celoso.

Aquella noche empecé a sentir que mis sueños se conducían inevitablemente hacia su cumplimiento. Tomamos el coche y nos fuimos a Almodóvar. Allí dimos un paseo antes de entrar en la venta a tomar unas tapas. En el camino de regreso, no era tarde aún, nos desviamos por la sierra. Mientras conducía por aquella carretera que discurre entre oscuros bosques de encinas, no hacía otra cosa que admirarme de ver que la ninfa con la que tanto soñé estaba sentada junto a mí, en mi automóvil. El hecho de que ella fuera la novia del que tal vez podía considerar mi mejor amigo me exigía no perder la compostura deteniendo el vehículo y besándola a continuación. Pero la maldita escena se repetía en mi pensamiento una y otra vez como un disco rallado. Me oprimía las sienes. Tenía que luchar conmigo mismo para mantener una apariencia seria, pero resultaba tan difícil...

Nuestra interesante conversación sobre los cultivos de regadío se prolongó hasta llegar al parador, desde cuya cafetería se divisaban las luces de la ciudad. Los temas de carácter técnico fueron siendo desplazados por otros más personales. Sentado frente a aquel par de ojos, acabé reconociendo que de ellos se desprendía una mirada de hechizo cuya interpretación admitía po-

sibilidades altamente interesantes. Que Piluca, llegada la medianoche, estuviera tratando de seducirme era algo que en ese momento no hubiera podido asegurar. Y sin embargo, pensándolo fríamente (o, al menos, con la escasa frialdad que era capaz de encontrar en mi derrotado corazón), no creí que pudiera descartarse por principio.

Con el último sorbo, mi acompañante me anunció la conveniencia de marcharnos. No había avisado en su casa, y prefería volver a una hora "razonable" —éste fue el término que empleó—. De todas formas, cuando, pasado el viaducto del Pretorio, le pregunté si le parecía bien quedar para el día siguiente, ella me contestó con un "sí" claro y cierto. La noche tocaba a su fin, pero un sábado prometedor se ofrecía a mis deseos como el último paso que había de conducirme a desenterrar el más preciado tesoro.

El sábado por la mañana, a pesar de no haberme levantado demasiado temprano, aproveché el tiempo en hacer unas pruebas de reconocimiento de caracteres con el nuevo *scanner* que nos había llegado a la oficina pocos días antes. Estaba solo. Hacia el mediodía llamaron a la puerta. No esperaba a nadie, pues en aquel tiempo sólo atendíamos al público de lunes a viernes. Cuál no sería además mi sorpresa al abrir y encontrarme con Rogelio. Me saludó y se coló ante mí, resuelto.

—Caramba, Rogelio... Yo te hacía en Sevilla.

—¿A Sevilla, esta semana? ¿Te dije eso?

—No. Tú no, Piluca. Estuvo ayer conmigo, después del trabajo —por qué mentirle. Al fin y al cabo, no tenía nada que ocultar.

—Bueno, es que yo le dije a ella que me iba, pero no era verdad. Por cierto, ¿te contó algo de lo otro?

—¿Lo otro? ¿Qué es lo otro?

—Eh, qué curioso. No me digas que no te contó nada.

—¿Nada... de qué? Vamos, hombre, háblame claro.

—Nada, tío. Que hemos terminado.

("¡Cielos! —pensé para mis adentros—, pero, ¿qué es lo que me estás diciendo?")

—¿Que habéis roto?... Pues no, no me contó nada —respondí con falsa indiferencia—. Y, bueno, ¿cómo es que os ha dado por ahí?

—Verás, ha sido más bien idea mía.

—¿Y eso? ¿Qué mosca te ha picado ahora?

—No lo sé, pero no la aguanto. Te lo juro.

("No la aguantes", me dije. "Mejor que mejor".)

—¿Estás seguro, Rogelio? —pregunté con inflexión paternal—. Fíjate bien, que Piluca es una chica estupenda. No vas a encontrar muchas chicas como ella —me empecé a animar de tal modo que ya no me importaba echar toda la leña al fuego.

—Sí, sí, lo que tu quieras. Pero no la soporto, lo siento.

—Pero ¿por qué, hombre? No te pongas así.

—Que no y que no. Que me jode el pavazo que tiene encima siempre. Que es muy sosa. Que nunca sabe nada, ni entiende de nada. Siempre con esa sonrisa estúpida, "no sé, no sé" —aquí,

Rogelio levantaba el labio superior a modo de visera, tratando de remedar a su *ex*—. ¡Qué coño! Es un mueble, lo que se dice un mueble, tío —hizo una pausa—. ¡Dios!, te juro que no quiero volver a verla.

—¡Bueno, hombre! Tranquilo, no te sulfures.

—No me sulfuro. Por cierto, ¿qué es eso que estás haciendo?

—Estoy probando un programa de OCR. Y no va mal, ¿eh?.

Mira: se ha tragado hasta una página de El País, y apenas da errores.

—Oye, esto está muy bien —era como si, de repente, todo aquello se le hubiera olvidado.

—Y, a todo esto, ¿cómo sabías que estaba aquí, si los sábados no abrimos?

—Bah, pues nada. Vine al centro hace un rato. Me ha dado por llamar y he acertado. Fíjate qué casualidad. ¿Te apetece un refresco?

—Ahora mismo —tenía la cabeza saturada—. Así lo dejo, ya seguiré el lunes.

7

Serían poco más de las ocho cuando, algo nervioso, pulsaba el botón marcado como 5°C en el portero electrónico de aquel bloque del pasaje Tejares. La voz de Piluca pronunció mi nom-

bre con tono interrogativo. "Bajo enseguida", aseguró. No obstante, tuve aún cinco minutos para arreglarme la corbata y deshacerme el flequillo otras tantas veces. Llevaba puesto mi nuevo traje; consideré que la ocasión lo exigía.

Al cabo de la interminable espera, la puerta de cristales se abrió. Allí estaba la princesa de mis sueños, radiante, desbordante de esplendor. Se había vestido con una falda recta en tono crema que marcaba levemente sus caderas. Bajo las solapas de su chaquetón corto, de color más oscuro, asomaba una camisa con encajes. Calzaba unas zapatillas de piel fina. Se había moldeado el pelo formando blandos bucles. Contemplar sus labios pintados en delicado rojo, su delgado cuello rodeado por una cadenita dorada, sus pantorrillas cubiertas por medias de cristal, era volcarse en un vértigo sin fondo, deshacerse en un bello frenesí de adolescente. Me sentía extrañamente feliz, aunque no menos avergonzado. Y es que, apenas liberado de aquella martirizante sensación que durante meses me había acompañado, el temor al ensueño de un amor casi posible desaparecía como una bruma lejana.

Hacía una noche templada. Dimos un largo paseo a través de los bulevares, y nos paramos a tomar una copa antes de ir a cenar. Había mucha gente por la calle, pero en el Añil se estaba realmente bien. Voces apagadas, la hermosa sonrisa de Piluca, sus ojos redondos como los de una gacela, un vino tibio que acariciaba el paladar. No hablábamos demasiado. Lo hacíamos des-

pacio, como si el paso del tiempo no pudiera ejercer influjo alguno sobre nosotros. Pasábamos con facilidad de un tema de conversación a otro y, sin embargo, mi acompañante seguía sin hacer la menor mención a su ruptura. Costaba trabajo pensar que, si todo había ocurrido tal cual Rogelio lo había expresado, pudiera estar ella tan tranquila. No quise aventurar conclusiones sin fundamento. De igual manera, y aún en contra de mi curiosidad, me pareció preferible no hacer preguntas sobre el particular. Si para mi adorada Piluca sus últimas citas conmigo llevaban aparejado el silencio en torno a las ocultas motivaciones de su iniciativa —y con toda seguridad podía decirse que lo eran—, no sería yo precisamente quien moviese un solo dedo para deshacer aquel venturoso hechizo.

Llegados a los postres dejé caer, con la mayor suavidad de que fui capaz, mi ofrecimiento a tomar una copa en casa. "No me gustaría causarte molestias", apuntó para mi sorpresa. "No digas tonterías, mujer, ¿cómo vas a causarme molestias?" ("Qué idiotéz", pensé). "Vale —respondió sin vacilar—. En ese caso podemos ir, si tú quieres".

No había sido difícil: Piluca aceptaba acompañarme a mi casa. La idea de sentirla en mis brazos comenzaba a tomar apariencia. Estaba fascinado. Sin embargo, y aunque careciese de la menor importancia, aquella aprensión a crearme molestias no dejaba de parecerme una soberana imbecilidad.

La imagen de una noche idílica se hacía cada vez más consistente. Pese a mi torpeza, no pude dejar de advertir cierta emoción en los labios de mi ninfa. Sabía que estaba viviendo uno de esos inigualables momentos en que ves acercarse aquello que siempre anhelaste; cuando sientes la respiración agitada ante todo cuanto se avecina y, no obstante, la evidencia del placer la hace firme y profunda. En suma, me sentía dichoso.

Al entrar en el piso noté un poco de frío. Encendí el radiador mientras invitaba a Piluca a quitarse el chaquetón y a sentarse al sofá. Le pregunté qué le apetecía beber, y me respondió que quería Coca-Cola. Parece mentira, pero aún en este instante me resulta difícil explicar lo mal que me sentó que me pidiera ese refresco. Se me antojó fuera de lugar. Ya sé que no venía a cuento aquella repentina susceptibilidad, pero me sobrevino, no puedo decir más. Le sugerí alternativas como un whisky, un ponche, una copa de licor de melocotón, de anís quizá... En vano: lo que Piluca quería era Coca-Cola. Pero me parecía tan poco apropiado beber Coca-Cola en una ocasión tan especial como aquélla...

Un tanto escamado, me retiré a la cocina para preparar las bebidas. Desde allí sentí a Piluca encender el aparato de televisión y seleccionar un canal donde estaban transmitiendo un encuentro que al entrar al salón descubrí que era de hockey sobre patines. "¡Maldita sea! —dije pensando—, pero ¿será posible, lo inoportuna que es esta mujer?". Inmediatamente reaccioné a mi

excitación, justificándola ante mí mismo como una mera consecuencia de la inquietud del momento. No tenía la menor importancia. La verdad es que todo iba sobre ruedas.

Mas algo, no sé qué pudo ser, debió de diluirse en mi interior cuando tomé asiento junto a Piluca, dispuesto a confesarle mi amor. La escena es la siguiente: me siento, Piluca me mira y se sonríe; toma el vaso con Coca-Cola, le da un sorbo; yo la miro a los ojos, y repentinamente advierto la expresión de necedad que hay en ellos; se ríe, seguro que no sabe por qué lo hace; se lo pregunto: en efecto, me contesta sólo con un "no sé".

Le pregunto si es posible bajar el volumen del televisor; "Oh, por supuesto", me responde. Pero al ver que no hace el menor asomo de adelantarse a bajarlo por propia iniciativa, soy yo el que me levanto, reconozco que algo irritado, y corto el sonido de golpe; Piluca no dice nada, sonrío mientras da pequeños sorbos al refresco mirándome por encima del borde del vaso. En ese momento pienso: "verás como acabas derramando la Coca-Cola". Acto seguido, un repentino golpe de tos hace que un chorro de bebida le rebose por la comisura de los labios; aparta rápidamente el vaso, y se seca como puede con los dedos. "¿Será gilipollas?", es lo que pienso.

Descarto la idea de andarme con declaraciones, mejor la beso directamente. Me acerco más a ella y la miro a la boca; "Piluca...", le digo, y ya no sé seguir. Es más, acabo de darme

cuenta de que no siento el menor deseo de besarla, la veo tan poco interesante...

Hay silencio; luego me empieza a hablar de lo que le ha gustado la cena, de las manías de su madre, de los veranos en Fuen-girola... de mil cosas que no me importan lo más mínimo. Poco a poco me veo implicado en una larga y tediosa conversación de la que sólo deseo salir. A pesar de ello, la sigo con toda la cortesía que puedo, que no es demasiada. Me aburro. Piluca sonrío, pero algo me dice que también ella se está aburriendo. Por un instante me inspira compasión: se me antoja un cervatillo extraviado, un cervatillo que apenas despierta un poco de ternura. Se nos abre la boca. No es tarde, pero me atrevo a sugerirle acompañarla a su casa. Se sonrío, no dice nada; asiente con un gesto.

Este fue el final de la presencia de aquella chica en mi vida. Ni siquiera se me ocurrió quedar con ella para el día siguiente. Le conté que me había llamado un amigo de Montemayor invitándome a hacerle una visita, y que era probable que pasase allí todo el día. Nos despedimos ante la puerta de su bloque con un simple "ya nos veremos". Regresé a casa vencido de tanto hastío. Me sentía tan deprimido, dormí tan mal, que a la mañana siguiente, cuando Pepe me dijo por teléfono que se quedaba en el pueblo, tomé el coche y emprendí el camino hacia Montemayor. No estaba de más despejarse un poco

8

Afortunadamente, el capítulo pasado no tuvo mayores repercusiones en la mutua amistad que Rogelio y yo nos brindábamos. Algunas semanas después le pregunté si había vuelto a ver a Piluca. Me respondió afirmativamente, pero asegurándome que sólo habían sido meros encuentros casuales y que, en definitiva, aquello podía darse por terminado. La ausencia de la joven en la vida de ambos hizo que las aguas retornaran a su cauce, y nuestra habitual camaradería volvió a adquirir el tono apacible de siempre, libre al fin de la turbación que aquella atractiva figura había provocado en mí.

De este modo venimos a situarnos en torno a los primeros días de marzo, pasado ya el carnaval. Por estas fechas, el poderoso influjo de Rogelio había conquistado nuevos territorios en mis gustos y en mis aspiraciones. Puedo citar aquí una desmedida pasión por la obra de Verne, despreciada hasta entonces por los criterios literarios de un lector ávido de novedades como yo lo era; un lector que venía considerando sistemáticamente a las novelas de aventuras como un género de menor orden, más propio de adolescentes que de adultos cultivados, hasta el instante en que Rogelio me expuso la dimensión universal que encerraban

las epopeyas de aquel autor. Aquella misma tarde, apenas comencé a curiosear las páginas de una edición clásica de Cinco semanas en globo, que dormía en uno de los estantes de la biblioteca de mi padre, me di cuenta de hasta qué punto la literatura de Verne, desprendida de su máscara cientifista, podía mostrarme las trascendente vitalidad del ser humano. En pocas semanas, Viaje al centro de la Tierra, Alrededor de la Luna, Los forzadores del bloqueo y Miguel Strogoff fueron rápidamente devorados por una sed literaria casi agónica.

Otros datos son dignos de mención, y entre ellos la radical pérdida del interés que yo mantenía desde hacía meses por emprender los estudios de ingeniería técnica, todo gracias a un fugaz cambio de impresiones que mantuve con Rogelio sobre su parecer en cuanto a seguir sus pasos, de lo cual, como ya anuncié al principio, cada vez se sentía menos convencido.

Corrían, ya digo, los primeros días de marzo, y Rogelio me había invitado a conocer su casa. Lo hizo con motivo de mostrarme sus progresos con el equipo MIDI que había adquirido poco antes. El hecho no merecería por sí mismo mayor mención, pero fue entonces cuando sucedió algo que hoy por hoy me inclino a considerar de la mayor importancia para comprender el desarrollo completo de esta historia. Se trata de una conversación, de aquella primera pero intensa conversación que mantuve con el padre de Rogelio tras haber sido presentados por su hijo.

Rogelio solía hablarme de su progenitor, a quien, según lo expuesto con anterioridad, yo había venido considerando como una persona valiosa, tanto en su labor profesional cuanto en su papel de padre, y esto último a pesar de su separación conyugal. Por eso, cuando aquel domingo tuve ante mí a D. Rogelio Mora, padre, nada costó que se entablase una animada charla entre nosotros. A su favor estaba la alta estima en que, de antemano, yo lo tuviese. Al mío, su comedida extroversión, la clara elocuencia de un hombre elegantemente serio pero cortés como pocos.

El diálogo surgió nada más llegar éste a su casa. La sesión de billar en el chalé de un amigo que vivía cerca se había prolongado hasta el anochecer. Nosotros acabábamos de fusionar varias secuencias, de entre las que Rogelio tenía ya grabadas, cuando se escuchó la puerta. Un instante después entró Don Rogelio en el dormitorio-laboratorio de su hijo. Rogelio me presentó como "su amigo de informática". Aquél parecía tener noticia de mí, porque de inmediato se interesó por mi trabajo y por mi empresa en general.

Sentados ya en el salón, ante un vaso de whisky con soda, cambiamos todo tipo de impresiones sobre los enormes avances en las máquinas, los progresos experimentados en la programación y demás datos de interés. De ahí fuimos derivando hacia otros temas, más o menos próximos al inicial. Hablamos de las condiciones actuales en el mundo empresarial. Hablamos también del papel que desempeñarían los nuevos modos de trabajo

en los próximos años, y, por proximidad, de los cambios que se avecinaban en cuanto a los usos cotidianos.

La conversación se fue dilatando, y aunque mi amigo no dejara de participar en ella, éramos su padre y yo los que poníamos más convicción en nuestras opiniones. Fue quizá ésta la razón por la que Rogelio, al que notaba yo algo distraído, aprovechó la circunstancia para tomar una ducha. "¿A estas horas, hijo?", preguntó el padre. "Sí, papá, sí. A esta hora —contestó con contundencia Rogelio—. Quería ducharme por la mañana, pero ya sabes que me he liado con eso y se me ha pasado. Además, van a ser cinco minutos".

Yo insistí en que por mí no había inconveniente, con lo que Rogelio se perdió al fondo del pasillo mientras nosotros continuábamos con nuestra plática. La verdad es que todo lo anterior no tiene mayor relieve, pero esto último sí que lo tiene. Ya lo creo.

Del modo que fuese, si bien es verdad que lo hizo de la forma más sutil, el Sr. Mora cambió el rumbo del diálogo para llevarlo al tema de su hijo. Pero lo curioso, lo que en buena parte me dejó estupefacto, es que sus palabras no fueran precisamente de alabanza. Estaría por decir que incluso eran todo lo contrario. Así, tal como suena. Y es que en su opinión venía a decir que, aunque Rogelio era un joven valioso, en su carácter se echaba en falta algo más de equilibrio. Para él, Rogelio pecaba de ser un tanto atolondrado, un chico tan feliz como inconsciente. A veces

se volvía demasiado insistente, me dijo. Era poco tolerante en muchos aspectos, y sus rarezas llegaban a hacerse insufribles.

Aquel catálogo de pequeños vilipendios familiares me estaba resultando, como es natural, desconcertante. Que aquel señor de apariencia tan respetable difamase en tal grado a su propio hijo es algo que no acertaba a entender. Más aún, no dejaba de asaltarme la sospecha sobre la veracidad de todo lo que estaba oyendo, y me sentía dispuesto a juzgarlo como mera manifestación de iniquidad hacia un ser querido.

"Pero ¿y si fuera cierto?", llegué a pensar. Me resistía a creerlo, pero la vehemencia de aquel padre al denostar a su hijo no cesaba de levantar sospechas en mí. Las pocas palabras que en este momento pude encontrar se limitaban a buscar algún argumento con el que salir en defensa de la sensatez de mi amigo. Era, no obstante, un esfuerzo vano. Aquel sujeto fue poco a poco minándome la moral con sus sugerencias sobre una cierta precaución frente a su descendiente. ¿Intentaba quizá alejarlo de mí a toda costa con argumentos descabellados? Tamaña hipocresía oculta bajo una cordialidad aparentemente franca no parecía plausible. En tal caso, ¿lo hacía sólo porque yo le inspirara confianza? ¿Lo había tomado como una obligación, llevado por un raro sentimiento de caridad hacia un extraño? Aquello carecía de todo sentido.

Finalmente, Don Rogelio acabó poniéndome en clara alerta sobre el peso de su influjo: "Rogelio tiene una gran capacidad de

convicción —me aseguró—, es un poco brujo, y sabe cómo llevar a los demás a su terreno. Pero también es muy dado a contagiar sus propias contradicciones, su descontrol. No puedo dejar de reconocerlo. Que conste que es mi hijo, pero te lo digo en serio: ten cuidado con él. Es un tanto lioso".

Permanecí en silencio unos segundos. Tenía la mente confusa.

A veces, de pequeño, me gustaba arrojarme entre las olas para disfrutar del alocado goce que se siente al ser derribado por ellas. La diversión acababa indefectiblemente cuando la mayor de todas me sacudía un cerro de agua encima, y yo empezaba a pensar que lo mejor sería batirse en retirada.

Esa era, más o menos, la sensación que comencé a tener entonces, cuando al breve silencio sucedió sin intermedio la entrada de Rogelio en escena. Venía vestido ya con la camisa y los pantalones, aunque llevaba la cabeza cubierta con una toalla que agitaba enérgicamente para secarse el cabello. Lo miré de soslayo. Luego me fijé algo más en él, mientras su padre le comentaba que, como había estado picando en casa de sus amigos, pensaba tomarse un vaso de leche y retirarse a leer un rato antes de dormir.

Es curioso: por un instante tuve la impresión de encontrar a Rogelio bastante deslucido. Era como si el agua de la ducha se hubiese llevado —también, aquí, como si de una ola enorme se tratara— todo el lustre de aquel joven, y a su regreso lo hiciera

aparecer mucho más apagado, sin brillo. Que no piense nadie que las palabras de Don Rogelio habían levantado en mí sospechas más o menos fundadas sobre las aparentes cualidades de su hijo. No, lo que yo sentí en ese momento no fueron sospechas, sino la tremenda certeza de estar ante un ser equívoco; de que sus inquietudes no era tales, sino muestras de aturdimiento, su elocuencia vana palabrería de adolescente, su acervo cultural un derroche de elementos insustanciales acumulados en el interior de su mente calenturienta. Aquél no era el Rogelio que yo creía conocer. Comprendí que me había equivocado.

Saludé a Don Rogelio, que se había levantado ya del sofá, esforzándome por que mi derrota no arruinase el empeño en mostrarme cordial con quien sin duda alguna lo había sido conmigo. Nos estrechamos la mano. Nos deseó buenas noches y se dirigió hacia la cocina, mientras Rogelio le decía que pensaba salir un rato conmigo a tomarse una copa. "No vayas a venir tarde, ya sabes luego el trabajo que me cuesta levantarte", le oí decir. "Está bien", respondió cansadamente su hijo.

9

No eran mucho más de las once. Sentados frente a aquel velador de Portón, con la música de Bill Evans desgranándose a través del *pick-up*, la luz que nos envolvía parecía más frágil que de costumbre. Poco público en el bar. Podía haber sido un momento agradable. De hecho, intentábamos seguir una conversación que discurría entre las reflexiones sobre los experimentos de aquella tarde y otros temas de mayor envergadura.

Y sin embargo, qué incómodo me resultaba. Rogelio queriendo hacer gala de su particular verborrea y yo, con el molesto sopor que me había entrado, buscando el modo de acabar con aquel diálogo idiota que mantenía de tan mala gana. Además, me aburría. Me aburría terriblemente. Sentí que todo lo que tenía que hablar con él ya estaba dicho, que nada interesante podía decirme ya. Que estaba harto, en una palabra.

Aquello me produjo cierto pánico. ¿Cómo decirle a quien me consideraba un buen amigo que no me apetecía seguir oyéndolo? La urgente necesidad de alejarme de él arremetía en mi ánimo con inusitada violencia. "¿Qué puedo hacer?", escu-

chaba gritar en mi interior, mientras el tono monocorde de Rogelio se perdía como un tenue murmullo en mis oídos.

—Rogelio —le dije finalmente, aprovechando una pausa—, me gustaría decirte algo.

—Cuenta, cuenta —respondió con toda naturalidad.

—Pues, verás... —dudé un instante— quería decirte que... —no era capaz. ¿Cómo soltar de golpe algo tan desagradable?

—¿Qué sucede? Cuéntame —noté que había despertado su ansiedad.

—Bueno —continué—, lo que quería decirte es que preferiría... que quizá, no sé... quizá sería mejor que no nos viésemos más.

—Pero, bueno... ¿por qué dices eso? No lo entiendo —me decía con desconsuelo.

Tenía los ojos muy abiertos, la boca entreabierta. Parpadeó rápidamente mostrando toda su perplejidad. Vencido por el hastío, yo me sentía como si luchara con desesperación por zafarme de un perro que me ha mordido y no me suelta. Angustiado, atrapado en aquel laberinto que no parecía tener salida, en un segundo cruzó un relámpago por mi cerebro y me lanzó al vacío.

—Rogelio, no puedo seguir así. Me siento mal, muy mal.

—A ver, tranquilízate, hombre. Tal vez pueda ayudarte.

—No creo que puedas Rogelio. Escúchame si quieres, es lo único que puedes hacer por mí.

—Esta bien —al pobre se le veía azorado—, te escucho.

—Rogelio...

—¿Qué?...

—Creo que debo confesártelo: estoy enamorado de ti.

—¿Que te has enamorado de mí? Pero ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes, Rogelio. Justo lo que has oído. Que me he dado cuenta de que me gustas. Que lo que siento por ti no es pura y simple amistad.

—¿Tú eres... —indagó con cautela, haciendo aquí una leve pausa— homosexual?

—Pues, por lo visto, sí —respondí con aire interesante.

Aquello me podía poner en un lugar comprometido, pero ya empezaba a notar una ligera brisa en mis sienes. Como parecía funcionar, me extendí sin reservas en describir con tortuosos matices la ansiedad que se suponía debía producirme tan oscuro deseo. El, tras una primera reacción de contrariedad, intentó con delicada diplomacia quitarle hierro al asunto diciéndome que bueno, que él, claro está, sentía no poder corresponderme, que no eran esas sus preferencias; pero que no estaba dispuesto a perder mi amistad, pues a pesar de lo inesperado de mi confesión, no iba a dejar por eso de considerarme un excelente amigo.

"Maldito idiota —le dije por dentro—. ¿Será posible que no pueda quitármelo de encima?". El asunto comenzaba a irritarme, y todo parecía fracasar cuando ya se vislumbraba una salida. Entré de nuevo a la carga explicándole lo que para mí iba a ser una

tortura, describiéndolo con tintes sombríos. Le hablé de la desesperación que me aguardaba al no sentirme correspondido por el ser amado, etcétera. Pero de nada me servía. Rogelio derrumbaba mis aventuradas incursiones en el terreno de lo prohibido poniendo todo su empeño en hacer ver aquello como algo sin importancia.

Al salir del bar, la noche me pareció fría y llena de pesadumbre. Rogelio era imbécil, lo tenía por seguro; un imbécil al que tendría que seguir aguantándole sus payasadas, sus risas bobaliconas y su aire de niño burgués repelente. No dejó de intentar darme ánimos recordándome el interés que nos deparaban los próximos experimentos, o haciendo elogios sobre la temporada de conciertos de primavera que pronto se iniciaría en el Gran Teatro. Yo, entre tanto, permanecía callado, con la mirada triste puesta en la calzada, viendo como se esfumaban mis esperanzas de librarme de él de un modo más o menos digno.

Cuando detuve el coche frente a la verja de su casa, Rogelio me propuso quedar algún día de la semana siguiente para visitar la exposición de instrumentos de caña que había en la Diputación. Se obstinaba en darme ánimos con unas palmadas en el hombro. Lo miré con ojos voraces. Respiré profundamente. Luego cogí su rostro entre mis manos, y con toda la determinación posible estrellé mis labios contra los suyos. Me sentí abominable, pero sólo por un momento, porque él se soltó con toda la rapidez que supo poner en ello —y aquí yo me mostré una pizca

más agresivo, para darle mayor realismo a la cosa—. Se inclinó hacia adelante, respirando fatigosamente. Hubo un instante de silencio durante el cual sentí una honda repugnancia por mi acto, pero aquel atisbo de felicidad me devolvía a la vida.

—Lo siento. No he podido evitarlo —la modulación de mi voz era de un patetismo tragicómico—. Espero que me perdones.

—Sí —dijo entrecortadamente. Jadeaba—. Te perdono. No te preocupes.

—Entonces, ¿nos vamos a ver esta semana? —pregunté inmediatamente, fingiendo la expectación del amante que todavía sueña con verse correspondido.

—Bueno, verás... —¡Al fin empezaba a ver que aquello tenía un final!—, es posible que tengas razón. Quizá sea mejor que no volvamos a quedar.

Dejé que el silencio se prolongara. La situación parecía estar bajo control.

—Te has dado cuenta de que...

—Sí —me interrumpió con una voz grave—. Ya veo los problemas que puede tener todo esto.

—Que conste que te lo dije.

—Ya, ya lo sé —silencio—. En fin, será mejor que me marche. Es un poco tarde.

—Bien, como quieras —contesté—. De todos modos, quisiera volver a pedirte perdón.

—No importa. No tiene la menor importancia —y acto seguido abrió la puerta del automóvil. Una vez fuera, continuó—. Gracias por todo.

—De nada —contesté reprimiendo mi satisfacción—. Ah, y no dejes de decirle a tu padre que me he alegrado mucho de conocerlo.

—De tu parte —le oí decir mientras se perdía en la oscuridad.

Aún esperé a que se cerrase la cancela antes de poner en marcha el vehículo.

No he vuelto a verlo desde entonces.

(A Manolo Mora)

Rogelio Mora (originalmente titulado *De cómo conocí a Rogelio Mora*) obtuvo el accésit del XV Premio de Novela Corta Gabriel Sijé, convocado por la Caja de Ahorros del Mediterráneo en 1990.